



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA  
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA  
Vicerrectorado de Cultura y Deporte

# ¡OTRA VEZ MIGRAR!

Margarita López Lozoya



DIPLOMA 2013

# ¡Otra vez migrar!

---

Margarita López Lozoya

Abrí los ojos para mirar el reloj, aún eran las seis y media. Podía levantarme y dar un repaso a los contenidos de hoy, o mejor aún, mirar en el aula virtual la lista de alumnos que están matriculados en mi asignatura. Pensaba en ello mientras intentaba levantarme de la cama.

Un ardor indescriptible en la espalda y el cuello me obligó a incorporarme rápidamente, intenté mantenerme sentada un rato al lado de la cama, pero al pasar mi mano por la nuca y la espalda, noté la frialdad de un metal, se extendía desde la base de la cintura, seguía por la columna, llegaba al cuello y terminaba en la base de la nuca. ¿Y esto? ¿Qué tengo en la espalda? Volví a meterme en la cama, intenté tranquilizarme, era el cansancio, se trataba de un mal sueño, seguiré durmiendo un poco más, me dije, mientras cerraba los ojos.

El día era luminoso y cálido, los pasillos eran un hervidero de jóvenes buscando sus aulas, preguntando por los profesores, aclarando horarios, buscando sus nombres en los tablones... como pude me introduje en todo ese ir y venir de gentes, el curso había empezado.

¡Que profesión he elegido!, medité en medio de todo aquel jaleo. Un día leyendo y otro escribiendo, un día enseñando y otro aprendiendo, un día ayudando, y otro ¿educando? Sí, la docencia son muchas cosas, y veinticinco años iniciando y terminando cursos no son suficientes para aclarar lo que significa esa palabra, lo que sí está claro es que sigue siendo mi preocupación y mi vocación.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando empecé a observar el escenario que se desarrollaba frente a mí. ¿Qué era lo que se observaba en las espaldas, manos y hasta en los ojos de los jóvenes que corrían de aquí para allá por todos los pasillos de la Universidad? ¿Son de metal? ¿Cómo es que ahora lo estoy notando? ¿Qué les pasó? La normalidad de todos, la cordialidad con que mis compañeros profesores me dan la bienvenida al curso, la sonrisa de mis alumnos del curso anterior, no permite que salga de mis adentros un grito desesperado por preguntar ¡que les ha pasado a... todos los alumnos ¿Tienen partes de metal? Sin parpadear y tratando de volver a la calma, recordé mi sueño, estaba segura de que había sido eso, un sueño, mi espalda sigue ahí, de carne y hueso, tal y como la dejé ayer antes de terminar de preparar mis clases. ¿Estoy segura de ello, o debo comprobarlo? Resultaría raro que la gente me viera hurgándome la espalda, no, no pienso hacerlo.

Las voces de todos suenan y resuenan en los largos pasillos del viejo edificio. Dentro de un momento todo se volverá silencio, solamente se escucharán murmullos acallados por el sonido de videos digitales que se observan en algunas aulas, por el sonido gracioso de un móvil, por el acompasado sonar de teclados y ordenadores, tabletas y teléfonos androides. Esos no se callan, su sonido delata su existencia como parte integrante de la vida de la Universidad y de sus universitarios, forman parte de los nuevos escenarios, es verdad, pero también de las personas.

He llegado a mi aula, los alumnos me miran con su ojo humano, me saludan con su mano humana, se sientan en sus pupitres, esperan que inicie la clase. Yo los miro, pero miro sus ojos huecos de holograma, miro sus manos metalizadas y brillantes, algunas de ellas protegidas con divertidas fundas de colores. Miro sus cuellos convertidos en una especie de holograma entre metal y luz, no puedo pensar en otra cosa, están delante de mí, son distintos, ¿me están mirando a mí? Mis manos son normales, mis ojos, supongo, son normales, lo de mi espalda fue un mal sueño, tengo que respirar profundo. ¿Qué hago ahora? En mis años de docencia jamás había sentido algo parecido, esto es nuevo, debe haber alguna explicación. Intenté apartar mi vista de aquel conjunto de metales insertados en los cuerpos de los alumnos cuando, de pronto, y salvándome de mi asombro, uno de ellos me dijo: ¿Vas a ser nuestra tutora? ¡Qué voz tan cálida y normal! ¡Qué palabras tan suaves, y tan llenas de sentido!...Ahora estoy segura, es algo pasajero, nervios de inicio de curso, cansancio, una noche intranquila. De un momento a otro, esto pasará. Bien, muchachos, preparo la pizarra digital, iniciamos la clase. Los trozos de metal en el aula, siguen ahí, y me inquietan.

El espacio de despachos para profesorado es un lugar de silencio y trabajo, las puertas casi siempre están cerradas, es difícil saber dónde hay gente y dónde no. Es gracioso ver a los alumnos esperar a que se acerque otro profesor para que les diga si hay alguien en el despacho al que se dirigen, casi siempre la respuesta es No sé, toca la puerta a ver si está. El alumnado lo sabe, pero esta pregunta les da la autoridad para tocar en el despacho y preguntar por el profesor que buscan. Si está, le dice Hola, me dijeron que tocara. Y entonces el alumno hace lo mismo que todos, pasar y cerrar la puerta, y el despacho se convertirá en otro lugar cerrado donde no se sabe si hay o no alguien dentro. Esto se aprende el primer curso de Universidad. Uno no debe andar abriendo y tocando puertas porque sí.

El exagerado ruido de mis zapatos me dice que ya estoy en el área de profesorado, también lo dice el cartel que está arriba del marco de la puerta. Busco desesperadamente un compañero que me saque

de aquellos raros momentos, pero todas las puertas parecen cerradas, no he preguntado por nadie, por tanto no tengo autoridad para tocar a nadie. Abro mi despacho y percibo el olor a limpio, tiene ese olor clásico a escuela, a papel, a impresora y ordenador, a libros y catálogos. No hay nadie, cierro los ojos y me relajo, puedo oír los latidos de mi corazón, acompasados, rápidos, se parecen al ruido del teclado del ordenador cuando estoy trabajando. ¿Se reconocerán entre ellos?

Necesitaba venir a mi despacho y tranquilizarme, reflexionar que lo que estoy viviendo, más bien viendo, no tiene sentido, y entonces dejé caer todo el peso de mi cuerpo en la silla, de vez en cuando observaba mis manos y tocaba mi cuello, tenía un espejo en el bolso, pero me parecía ridículo comprobar que era yo, o comprobar que era normal. La comprobación, sinceramente, me resultaba fuera de toda lógica. No pienso hacer algo de locos.

Con los ojos cerrados y sin moverme recordé que esta sensación ya la había vivido antes, hace más o menos once años, cuando mi vida cambió significativamente y me convertí en inmigrante extranjera. Continuamente ratificaba a los nativos que era una persona normal, igual que todos, solamente con distinto acento, con distinto color de piel, cosas pasables, entendibles para algunos, no para todos, eso lo tenía muy claro, pero al menos, si alguna persona llegaba al insulto por mi diferencia cultural, siempre había otra cerca que sancionaba duramente aquellas discriminaciones sin sentido, pero ahora era distinto, se trababa de diferencia entre metal y carne, ¿cómo puedo explicarme ahora esta diferencia? ¿Soy inmigrante sin metal? Pero, ¡qué ridículo!, pensé mientras oí un zapateo por el pasillo, se acercaba alguien a mi despacho. ¿Cómo será, con o sin metal? ¿Será como yo? Tengo que despertar de este pesado sueño. Me estoy sintiendo fuera de lugar.

La reunión es en la sala de juntas, vamos a tratar temas importantes para el profesorado, para el alumnado de los nuevos cursos, para el Departamento y, según la orden del día, para la formación del profesorado en las nuevas Tics. Entran poco a poco los profesores, yo he llegado la primera, necesito mirarles la cara, las manos, los cuellos y, si se puede, las espaldas, no es preocupación, claro que no, es simplemente una curiosidad, ya se sabe que mis compañeros son gente normal, como yo exactamente, seres humanos de carne y hueso que conviven y ejercen su profesión en una Universidad, solo trato de comprobarlo, no hay nada de malo en ello. ¡Qué normales son, míralos, si somos de la misma materia, del mismo pensamiento, del mismo lugar! Todo ha pasado, todo está bien, estoy entre iguales.

La cafetería de la Universidad es un lugar luminoso y amplio, en las horas de descanso alumnos y profesores se acercan a merendar, los que tienen decidido que van a tomar, se aglutinan en la barra que está a la entrada, los demás, se alejan para tener una perspectiva amplia de las posibilidades que les ofrece la vitrina con bocadillos, la nevera de refrescos, o el cartel que nos dice el plato del día.

Todo está organizado, los que van recogiendo sus bebidas y comidas, esperan pacientemente a que su grupillo también tenga todo su pedido en mano para luego buscar un sitio donde compartir ese momento del día. Si pasas entre los grupos escuchas temas tan diversos como la elección del delegado de grupo, los apuntes tan extensos que ha colgado el profesor tal en el aula virtual, la importancia de los talleres sobre el uso de la tableta, y la falta de asistencia que hubo el curso pasado a las actividades culturales.

Me dirijo a una mesa para beber agua del botellín que acabo de comprar, estoy esperando a una compañera para organizar el curso que será de docencia compartida, no la conozco, pero seguramente será como yo, normalita, me han dicho que es una chica muy agradable.

Un grupo de estudiantes se sienta a mi lado, uno de ellos se levanta de la mesa y me saluda con mucho cariño, y cuando extiende su mano de metal, un nerviosismo vuelve a mi cuerpo, observo la cavidad luminosa de su ojo, tiene una potente luz que me deja un poco encandilada, extendiendo mi mano y me asusta la frialdad del metal que roza mi mano de carne y hueso. El brillo que sale de su mano, de su cuello, de sus orejas y de su ojo lanza destellos por todos lados. ¡Qué tranquilidad reina en la cafetería ante esto que estoy viendo!, me dije, mientras forzaba una sonrisa a mi alumno. Pero también había un silencio alrededor que me hizo reaccionar y regresar a mi silla apresuradamente. Con mucho cuidado y evitando evidenciar que miraba a aquel grupo de alumnos, advertí que todos tenían metal en una mano, que tenían también una cavidad en uno de sus ojos y que emitía una especie de luz brillante. Incluso detecté sonidos musicales, a veces eran como pitidos, otras, como alarmas chillonas que se acompañaban de risas y expresiones de asombro y aceptación. Bebí un poco más de agua, y la normalidad en que se comportaban todos me hizo echarme a reír, ¡creo que ahora sí estaba haciendo algo raro!, reírme sola.

Me levanté dispuesta a preguntar a alguien lo que estaba pasando, no puedo esperar más a mi compañera, a veces me resulta irritable la mala puntualidad de la gente de aquí, pasan diez minutos

de la hora en que quedamos, tengo que salir de aquí. Me estoy riendo sola, y me empiezo a sentir extraña, muy extraña.

Faltaba más de una hora para entrar a la siguiente clase, no tengo nada de hambre, tengo el estómago sobrecogido de tanta normalidad conviviendo entre tanta anormalidad. El oído y la vista se me han afinado, estoy atenta a comprobar lo que miro y escucho a mi alrededor, no sé como empezaría a tratar el tema con algún compañero, creo que podría ser: ¿Has visto que cambiados vienen los alumnos? Me parece una buena pregunta para iniciar el tema, pero demasiado ambigua, a lo mejor: ¿No notas demasiada luz y metal en los pasillos y aulas? Demasiado directa y rara, quedaría como una profesora no solo inmigrante extranjera, también rara, aunque la verdad, el adjetivo de raro nos acompaña por bastante tiempo a todos aquellos que en un momento decidimos cambiar de lugar de residencia, cuando al igual que las plantas trasplantadas tienen que empezar a reconocerse como diferentes y a iniciar un hermoso proceso de inclusión en un nuevo lugar, las personas iniciamos un proceso de reconstrucción de un nuevo proyecto de vida con el alma y corazón abiertos a un nuevo bagaje cultural que nos hace crecer como personas de una manera agridulce, recomponiendo trozos de vida con otras tonalidades y despidiéndonos de otras que pertenecían a nuestra palabra y pensar, enraizadas en otro sitio. La vida cambia solo de color, es lo que al final sabemos, lo importante se queda ahí para siempre, es todo eso que realmente nos define, lo que dice quiénes somos, eso no se pierde por mucho que tengamos que trasplantarnos.

Buscando mi nombre en el cuadernillo de firmas que está a la entrada de la Facultad, me encuentro con nuestro conserje. Es un señor bastante agradable y mayor, lo noto inquieto mirando la pantalla de un ordenador; cuando advierte mi presencia me mira y dice No entiendo nada, he introducido estos datos y ahora me dice que si guardo cambios, los guardo y me dice que no es posible ¿Entonces, para qué me pregunta? Yo respeto la profunda conversación entre hombre y máquina, ambos se preguntan y ambos se contestan, no es necesaria mi participación, comprendo que es un diálogo entre dos y que debo respetar su espacio. Una vez finalizada la atención del conserje a su ordenador, me pregunta si necesito los objetos que me permitirán acceder a las herramientas digitales de mi aula, asiento con la cabeza y me extiende dos objetos, una llave y un control de mano, los cojo y me dirijo a mi despacho un momento, aún es pronto para ir al aula. No noté nada raro en el conserje, sus manos son humanas, sus ojos humanos. ¡Qué alivio! Era como yo, un humano totalmente humano,

parecido a mí, tanto, que no necesité hablar mucho para que me entendiera, todo estaba bien, al menos he comprobado que no soy la única rara, que en la Facultad hay otros como yo.

Me dirijo a mi despacho y advierto voces en el interior, seguramente es mi compañera de despacho y su becaria, respiro profundo y pienso en la normalidad que debo aparentar, porque ya he visto que hay otros como yo, y que seguramente mi compañera y la becaria también son como yo.

La luz entra con todo su esplendor por la amplia ventana, en mi escritorio quedan evidencias de mi nerviosismo antes de ir a la cafetería; varios bolígrafos desordenados y una agenda nueva, sin nada escrito. La cara de mi compañera se me aparece como un regalo de la providencia, tiene dos ojos normales, dos manos cálidas y suaves y no voy a mirarla por detrás, parecerá grosero y extraño, pero estoy segura de que su espalda y cuello son de carne y hueso, una profesora normal, digamos, tan normal como yo. En su alegría por el reencuentro empieza a comentarme de forma atropellada y rápida sus nuevos horarios, las asignaturas que le falta por preparar, lo que le falta por adelantar en su tesis doctoral y lo crecido que está su hijo. Toda la información la recojo mientras observo cada gesto, cada parte de su cuerpo, cada mueca, tengo que asegurarme de que es igual que yo.

Una vez que ella se tranquiliza y se sienta en una de las sillas, yo cierro los ojos, me siento, y con toda la seriedad de que dispongo en ese momento le pregunto ¿Tú no has notado algo raro en los alumnos? Un silencio se apodera del despacho, mi compañera frunce el ceño y me dice ¡Tú también lo has notado! Es increíble, hoy tuve que decirles a dos de ellos que apagaran sus móviles porque me han interrumpido dos veces la clase con sus sonidos raros. Por favor, le dije interrumpiéndola, ¡explícame eso de los sonidos raros! Ella, con una actitud de descontento, pero a la vez de comprensión, me dijo: ¡Todo ha cambiado, los alumnos llegan a las aulas con sus ordenadores, sus tabletas y sus móviles, ya no toman nota como antes, en los folios de toda la vida, y la verdad cuando están con todos esos aparatos en el aula, no sé si están atendiendo a la clase, chateando, jugando o qué!, pero tampoco puedo decirles que fuera todo eso, es la nueva realidad, simplemente es eso, amiga, una nueva realida-. Ella, mi compañera de despacho, con un halo de inocencia me había dicho las palabras mágicas que necesitaba oír, la realidad ha cambiado y no podemos ignorarla.

Enseguida me dio la espalda, espalda humana y evidencia de que formaba parte de mi grupo, de mi etnosistema, ese que se planteaba prepararse para este nuevo mundo que se mostraba ante



nuestras vidas, un mundo líquido y digital que se desarrolla junto a nuestra realidad sólida y presencial. ¿Son dos realidades distintas en las que debemos vivir?

Pensaba en lo que me había dicho mi compañera y lo que estaba viviendo, cuando me di cuenta de que sentada frente al ordenador y sin apenas integrarse en la conversación, estaba la becaria, una joven estudiante de color, seguramente de origen africano, bastante lista y educada, estaba inmersa en su trabajo escuchando con aburrimiento una conversación que seguramente habrá escuchado una y otra vez entre los otros, esos otros que formamos los hijos de la generación *baby boom*, acostumbrados a relacionarnos cara a cara, y a utilizar las nuevas tecnologías como una herramienta más para facilitar el trabajo. Miré la luz que emanaba de su espalda a través de la camiseta, su mano metalizada tecleaba a una velocidad impresionante el teclado del ordenador, y de vez en cuando una luz que salía de su mano emitía un conjunto de sonidos que parecían un lenguaje que le transmitía mensajes que le causaban unas veces risa, otra incertidumbre y otras decepción. La miré detenidamente, se trataba de una persona distinta, eso era evidente, pero la diferencia iba más allá del metal que se insertaba en su cuerpo, su ojo holograma estaba totalmente conectado al ordenador a través de una suave luz, y su ojo humano nos observaba para evidenciar que de alguna manera estaba con nosotras, pero el entorno digital que la rodeaba era su mundo; ordenador, móvil y la tableta rodeaban su espacio personal, se manejaba entre ellos con una normalidad escalofriante, todo era digitalizado, copiado, enviado por correo, mensajería o WhatsApp, estaba en contacto con sus amigas, su padre y con nosotras, no puede entender que haya personas sin tarifa plana por el aislamiento que le puede producir tal hecho, no entiende que en nuestros despachos haya dos diccionarios de la Real Academia, incluyendo la nueva edición de la Gramática, maneja sonidos, imágenes y texto con una creatividad increíble, unas veces teclea, otras desliza sus dedos sobre pantallas táctiles.

Trataba de entender todo eso mientras la observaba, cuando de pronto me mira y me dice: ¿Entiendes de programación? ¡Necesito acceder a este programa para actualizarlo sin tener que pagar!- sus palabras rebotaron en mi cabeza y noté que el asombro no solo era mío, también mi compañera estaba incómoda por la pregunta de aquella nativa del mundo digital frente a dos inmigrantes que requerían de tiempo y estudio para entender ese nuevo mundo, esa nueva realidad.... y entonces ella, mi compañera siempre salvadora, dijo unas palabras perfectas para ese momento tan complicado: ¿No te digo? ¡Son distintos, usan otro lenguaje! La chica, aburrida, nos dio

la espalda, una espalda metalizada que nos recordaba que efectivamente pertenecía a otra generación, pero también a otra realidad.

Desde entonces, ya nada me asombra, ya no me asusta encontrarme entre todos esos pasillos del viejo edificio universitario a todos esos nativos digitales, término que acertadamente acuñó un hombre llamado Marc Prensky, jóvenes con sus manos metalizadas, sus ojos holograma, sus espaldas, cuello y orejas brillantes, conectados a un mundo en el que hombre y máquina conviven de manera natural.

No me asusta volver a vivir una nueva inmigración al mundo digital, de eso ya sé mucho, a partir de ahora, transito por los espacios de la Universidad, construyendo un nuevo camino de inclusión y de aprendizajes hacia la nueva educación 3.0, intentando descubrir las prestaciones del código abierto para mejorar la comunicación con mis alumnos, para conectar con sus vidas, para realizar el milagro educativo en comunión con ellos. La docencia no puede ni debe ser otra cosa, se trata de un proceso de encuentro, de comunicación y de pequeños trozos de felicidad que otorga la convivencia humana.

Me dirijo a la clase de la primera planta, mis alumnos me esperan a la entrada del aula, empiezan a sentarse en sus pupitres, abren sus ordenadores, otros envían el último mensaje antes de atenderme, sonrían ampliamente y me dicen -que divertido el tema que colgaste en el aula, te respondí, supongo que lo leíste, verdad?, ¡Claro, que sí! Les dije con la seguridad de hablar el mismo idioma que mis alumnos. Les he respondido con un vídeo de YouTube. ¿Qué les ha parecido?

La clase siguió, al salir del aula, noté al final de mi brazo una luz muy brillante, era mi mano metalizada, nada raro, mi marido me enviaba un WhatsApp, me dice que está fuera, esperándome, mi risa se escuchó por el pasillo, pero era tranquila y divertida, el sonido de otros mensajes, llamadas de móviles y sonidos de vídeos digitales respondieron a mi risa, todo es perfectamente normal. Estoy en la era digital.